

Cuando lo íntimo se vuelve ajeno: La extimidad y el doble en La sustancia.

Lo Veci, Virginia Belén.

Cita:

Lo Veci, Virginia Belén (2025). *Cuando lo íntimo se vuelve ajeno: La extimidad y el doble en La sustancia*. Monografía del Curso Clínica de las neurosis, UNSAM.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/virginia.loveci/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pMqx/50q>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Trabajo monográfico:

“Cuando lo íntimo se vuelve ajeno: La *extimidad* y el doble en *La sustancia*”

Carrera: Maestría en Clínica Psicoanalítica

Curso: “Extimidad del goce en la clínica de la neurosis”

Profesora: Mónica Torres

Alumna: Virginia Lo Veci

Comisión: Modalidad Semanal cohorte 2025

Fecha: 9 de diciembre de 2025

Cuando lo íntimo se vuelve ajeno: La *extimidad* y el doble en *La sustancia*

El presente escrito se propone abordar el concepto *extimidad*, formulado por Jacques Lacan, a partir del antecedente freudiano del doble y su relación con lo ominoso. A través del análisis de la película *La sustancia* (2024), se buscará mostrar cómo el cine contemporáneo reactualiza esta problemática, haciendo visible la tensión entre el yo y el Otro, entre lo más íntimo y lo más ajeno, allí donde el sujeto se confronta con su propio goce.

La noción de *extimidad* puede rastrearse ya en los albores del psicoanálisis, en el *Proyecto de psicología* (1895 [1950]), donde Freud intenta abordar en clave neurofisiológica la constitución del psiquismo. Allí introduce lo que denomina el *complejo del prójimo* —*nebenmensch* en alemán—, es decir, un conjunto de percepciones ligadas a aquel Otro que se presenta, a la vez, como primer objeto de satisfacción y primer objeto hostil, fuente de displacer. Freud señala que este complejo se escinde en dos partes, una de las cuales se “impone como una ensambladura constante, [y que] se mantiene reunido como una cosa del mundo [*Ding* en alemán]” (p. 377).

Lacan, en su Seminario VII (1959-1960), retoma este pasaje para pensar el *Das Ding* como aquel núcleo irrepresentable que funciona como el primer exterior en torno al cual se organiza el campo del deseo del sujeto. Este *Das Ding* freudiano, sostiene, es el Otro prehistórico, inolvidable: el primer objeto que, en tanto perdido, se intentará volver a encontrar. Precisamente por ello, Lacan concluye que este objeto extranjero es, paradójicamente, lo más íntimo del sujeto. La Cosa es, a la vez, lo más lejano y lo más cercano. En Freud, ya se trata de lo *éximo*.

La noción de *extimidad*, en este sentido, desmiente la tradicional distinción entre sujeto-objeto, entre adentro-afuera, para mostrar que su objeto habita en lo más íntimo de sí. Se trata de un neologismo lacaniano que precisa la dialéctica entre lo interior y lo externo; designa aquello más íntimo que, sin embargo, se encuentra fuera, como un cuerpo extraño (Miller, 2010). Este *éximo* se presenta, en primer lugar, bajo la forma del inconsciente, en tanto discurso del Otro. Pero hay también otro *éximo*: el objeto, en la medida en que su causa no le pertenece al sujeto. Así, la experiencia subjetiva puede pensarse como *moebiana*, ya que los campos del interior y del exterior no se oponen, sino que forman una continuidad que se interpenetra. El sujeto se constituye, entonces, en relación con una alteridad estructural que lo habita desde dentro.

Ahora bien, el vínculo con el otro no nos resulta, en modo alguno, apacible ni natural. Freud ya lo advierte en *El malestar en la cultura* (1930), cuando interroga el mandamiento “Ama al prójimo como a ti mismo”. En efecto, el otro —ese prójimo que debería ser objeto de amor— nos confronta con la pulsión de muerte; es fuente de rivalidad, odio y agresividad. Se trata, entonces, de un lazo estructuralmente cargado de hostilidad.

Miller, en su escrito *Extimidad* (2010), al estudiar fenómenos de odio contemporáneos, retoma este mandato cristiano y señala una paradoja: solo puede amarse al prójimo en la medida en que se encuentre a distancia. Cuando se aproxima, cuando deviene vecino —es decir, cuando su goce se hace próximo—, ese amor se transforma en odio. Además, el autor destaca que existe una intolerancia frente al goce del Otro, en la medida en que este me sustrae del propio goce.

En esta misma línea, podemos encontrar otro anticipo del concepto de *extimidad* en Freud a partir del texto *Lo ominoso* (1919). Aquí el autor vienes se dedica a estudiar aquello que, siendo familiar e íntimo —*heimlich*—, se vuelve extraño e inquietante —*unheimlich*—. Lo ominoso emerge precisamente en ese punto de torsión en el que lo propio se revela como ajeno y enigmático, suscitando angustia. En este contexto, Freud introduce la figura del doble —*Doppelgänger*— como una de las expresiones paradigmáticas de lo siniestro. El prefijo alemán *doppel* significa “doble”, mientras que *gänger* refiere a “andante” o “el que camina”, por lo que el término puede traducirse literalmente como “el que camina al lado”. Se trata, entonces, de una imagen desdoblada del yo: una suerte de “yo otro” que acompaña al sujeto como su sombra.

La experiencia del doble, en este sentido, se enlaza con la noción de narcisismo primario (Freud, 1919), ese momento inaugural en el que el yo se vivencia a sí mismo como completo y omnipotente. El doble encarna, de algún modo, la persistencia de ese yo ideal de los tiempos infantiles. Sin embargo, al mismo tiempo, mediante la aparición del doble, el sujeto pierde el dominio sobre su propio yo: a partir de un desdoblamiento, lo ajeno se coloca en el lugar de lo propio (Freud, 1919).

Por ello, lo siniestro se presenta como la irrupción de lo más íntimo que debió permanecer reprimido y que, de pronto, sale a la luz (Freud, 1919). Tal como señala Rank (citado en Freud, 1919), “*el doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo, una enérgica desmentida del poder de la muerte*” (p.235). No obstante, a medida que el sujeto se constituye,

esa defensa primitiva se invierte: el doble deja de ser un garante de inmortalidad para convertirse en una amenaza, un recordatorio de la finitud del yo.

Esta concepción del doble no se limita al campo teórico, sino que ha encontrado amplias resonancias en el arte, donde múltiples obras han explorado su dimensión inquietante. En este sentido, el motivo del doble ha sido abordado de manera recurrente en la literatura —en autores como Borges, Cortázar, Poe, Dostoievski, Hoffmann y Maupassant—, así como también en el cine, que ofrece otras perspectivas para interrogar este concepto.

Esta inquietud por el desdoblamiento del yo encuentra una actualización en el cine contemporáneo, particularmente en *La sustancia* (2024), dirigida por Coralie Fargeat. Catalogada como un filme de “terror corporal”, la trama sigue la vida de Elizabeth Sparkle —interpretada por Demi Moore—, una celebridad de Hollywood otrora aclamada pero ahora en decadencia. Al cumplir cincuenta años, es despedida sin miramientos del programa televisivo de aeróbicos que conduce desde hace años, bajo el argumento de su “avanzada edad”. “Tú, pero mejor en todos los sentidos” es la promesa de un producto que la protagonista consigue en el mercado clandestino, en un intento desesperado por recuperar su brillo —*sparkle*—. Se trata de un suero que provoca una división celular y crea una versión más joven y “perfecta” de sí misma: Sue —encarnada por Margaret Qualley—.

La trama desarrolla las vicisitudes de esta escisión entre ambas versiones del yo. Lo que en un principio aparece como una solución inofensiva, pronto se convierte, para ambas, en una pesadilla. El procedimiento exige que ambas personalidades compartan el mismo cuerpo en lapsos alternados de siete días: mientras la versión joven vive, la otra yace en suspensión. Sin embargo, el frágil equilibrio se quiebra cuando Sue comienza a tomar control del tiempo, del cuerpo y, en definitiva, de la vida de Elizabeth. La rivalidad entre ambas se intensifica hasta adquirir un tono violento y grotesco, a medida que el cuerpo de Elizabeth se descompone mientras su otra versión brilla cada vez más. Esta progresiva inversión de roles marca el punto de fractura del yo, donde lo ideal se vuelve persecutorio y el reflejo se transforma en enemigo. Ese otro yo que, en un primer momento despierta atracción y fascinación, acaba convirtiéndose en un rival que encarna la pulsión de aniquilación del semejante.

Esta lógica remite a la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, en la que el reconocimiento del otro se convierte en una lucha a muerte: el sujeto solo puede afirmarse destruyendo a aquel en quien se refleja. Del mismo modo, en *La sustancia* (2024), la figura del doble revela que la

búsqueda de perfección conduce, paradójicamente, a la disolución del propio ser. Retomaremos este concepto más adelante.

En términos lacanianos, algo que debería faltar se presentifica y produce efecto siniestro: es el lugar mismo de la angustia (Lacan, 1962-1963). La imagen se independiza del espejo, abandona la familiaridad y adquiere un estatuto real para el sujeto; escapa al control y la voluntad del yo, tomando un matiz horroroso. Ese doble ocupa, precisamente, el lugar donde el yo debería estar.

Esta lógica encuentra su correlato en *La sustancia* (2024), donde Elizabeth, ante su vivencia de fragmentación corporal, intenta acceder a una totalidad de su cuerpo a partir de la exterioridad. Nos situamos, claramente, en el terreno del estadio del espejo.

No obstante, lo extranjero que habita en nuestra propia casa se vuelve hostil: esto es, precisamente, lo *unheimlich*. El huésped de este cuerpo matriz deviene ajeno, oscuro e inquietante. Lo siniestro radica, entonces, en el modo particular en que se presenta el goce del sujeto que el prójimo encarna. (Lacan, 1959-1960)

Freud, en *El malestar en la cultura* (1930), señala que el cuerpo constituye una de las fuentes primordiales de sufrimiento: se deteriora, enferma, envejece y nos causa dolor. Ese cuerpo, que debería funcionar como morada, también puede volverse siniestro. Esta reflexión encuentra un eco particular en la experiencia de Elizabeth. La imagen de su propio cuerpo se le vuelve ominosa: ese espejo ya no le devuelve una buena forma, sino las huellas del paso del tiempo. Está atravesada por la mirada despreciativa de aquellos Otros que garantizan que esa es su imagen. Lo que antes le resultaba familiar, bajo la mirada del Otro, se le torna horroroso. Lo ominoso es, entonces, aquello que interrumpe el júbilo de la experiencia especular: la caída del velo imaginario que, al rasgarse, deja de resultar familiar.

Surge entonces la envidia, cuyo destino es el aniquilamiento del rival, pues es percibido como completo, encarnando la imagen del yo ideal. Desde la teoría lacaniana, el semejante no es solo fuente de identificación, sino también de rivalidad: la relación imaginaria se sostiene sobre una tensión estructural entre el yo y su reflejo, entre la ilusión de unidad y la amenaza de fragmentación (Lacan, 1949).

En esta línea, en *La sustancia* (2024), esta dimensión horrorosa alcanza su punto extremo — en tono de humor negro— en el desenlace, cuando se produce la transmutación de Sue en una variante llamada “Monstruo Elisae”. Retomando la dialéctica hegeliana, Sue da muerte a su

rival en su lucha por puro prestigio, perseguida por la ambición de ocupar finalmente su lugar. Sin embargo, pronto descubre que su existencia depende del cuerpo matriz: sin Elizabeth, su cuerpo comienza a deteriorarse rápidamente, como si la fuente de su vitalidad estuviera inexorablemente ligada a aquella de quien provino. En un intento desesperado por sobrevivir y conservar su perfección, Sue se inyecta lo que resta del suero, desoyendo la advertencia de que, bajo ningún punto de vista, el doble debía utilizarlo para crear una nueva versión de sí mismo. Este acto provoca una consecuencia irreversible: la formación de una entidad monstruosa, híbrida entre ambas, llamada “Elisasue”. Esta figura grotesca condensa la imposibilidad de separar lo propio de lo ajeno, lo ideal de lo degradado. El monstruo encarna las consecuencias de haber forzado los límites del cuerpo y del yo: ya no hay separación entre el sujeto y su doble. Lo que surge es una figura deformada que representa el retorno de lo reprimido. El intento de suprimir la falta se vuelve su propio castigo: la plenitud imaginaria se transforma en horror real.

Para concluir, la trama de *La sustancia* (2024) permite pensar la *extimidad* como la forma contemporánea de representar lo ominoso. Freud (1919) había mostrado que lo siniestro emerge cuando el doble deja de ser garante de identidad para volverse perseguidor. Lacan (1959-1960), del mismo modo, amplía esta concepción al situar en el corazón de esa experiencia la ambigüedad del goce, que es propio y ajeno a la vez. En el desenlace, el monstruo “Elisasue” condensa esta paradoja: el sujeto y el Otro se enlazan en una misma superficie, como una banda de Moebius donde el adentro y el afuera se confunden.

Referencias bibliográficas

Fargeat, C. (Directora) (2024). *La sustancia* [Película]. Working Title Films.

Freud, S. (1895 [1950]). Proyecto de psicología. En *Sigmund Freud. Obras completas* (Tomo I). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1919). Lo ominoso. En *Sigmund Freud. Obras completas* (Tomo XVII). Buenos Aires: Amorrortu

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En *Sigmund Freud. Obras completas* (Tomo XXI). Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1949) El Estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I*. (2da Ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1959-1960). *El seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1962-1963). *El seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J-A. (2010). *Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós.